

CAPITULO X.

De lo que hice en Madrid, y lo que me sucedió hasta llegar á Cerecedilla, donde dormí.

Recogióse un rato á estudiar heregías, y necedades para los ciegos. Entretanto se hizo hora de comer; comimos, y luego pidieron se leyese la Pragmática. Yo, por no haber otro que hacer, la saqué, y la léí: la qual pongo aquí, por haberme parecido aguda, y conveniente á lo que se quiso reprehender en ella. Decia de este tenor:

**PRAGMÁTICA
CONTRA LOS POËTAS HUEROS, CHIRLES,
Y EBENES.**

Dióle al Sacristan la mayor risa del mundo, y dixo: Hablára yo para mañana. Por Dios que entendí que hablaba conmigo, y es solo contra los Poëtas ebenes. Cayóme á mí muy en gracia oírle decir esto, como si él fuera muy albillo, ó moscatel. Dexé el Prólogo, y comencé el primer capítulo, que decia:

Atendiendo á que este género de sabandijas, que llaman Poëtas, son nuestros próximos, y Christianos (aunque malos), viendo que todo el año adoran cejas, dientes, listones, y zapatillas, haciendo otros pecados mas enormes; mandamos, que la Semana Santa recojan á todos los Poëtas públicos, y cantoneros, como á las malas mugeres, y que los desengañen del yerro en que andan, y procuren convertirlos; y para ello señalamos casas de arrepentidos.

Iten, advirtiendo los grandes bochornos que hay en las caniculares, y nunca anohecidas coplas de los Poëtas de Sol, como pasas á fuerza de los soles, y estrellas, que gastan en hacerlas; les ponemos perpetuo silencio en las cosas del Cielo, señalando meses vedados á las Musas, como á la caza, y pesca, porque no se agoten con la priesa que les dan.

Iten, habiendo considerado que esta seta infernal de hombres, condenados á perpetuo concepto, despedazadores de vocablos, y volteadores de razones, ha pegado el dicho achaque de Poesía á las mugeres; declaramos que nos tenemos por desquitados con este mal que las hemos hecho del que nos hicieron al principio del mundo. Y porque aquel está pobre, y necesitado, mandamos quemar las coplas de los Poëtas, co-

mo franjas viejas , para sacar el oro , plata , y perlas , pues en los mas versos hacen á sus Damas de todos metales. Aquí no lo pudo sufrir el Sacristan , y levantándose en pie , dixo : Mas no , sino quitarnos las haciendas : no pasé V. md. adelante , que de eso pienso apelar , y no con las mil y quinientas , sino á mi Juez , por no causar perjuicio á mi hábito , y dignidad ; y en prosecucion de ella gastaré lo que tengo. Bueno es que siendo yo Eclesiástico , hubiese de padecer este agravio. Yo probaré que las coplas de Poëta Clérigo no están sujetas á tal Pragmática : y luego quiero irlo á averiguar ante la Justicia. En parte me dió gana de reir ; pero por no detenerme (que se me hacia tarde) le dixé : Señor , esta Pragmática es hecha por gracia ; que no tiene fuerza , ni apremia , por estar falta de autoridad. ¡ O pecador de mí ! (dixo muy alborotado) Avisára V. md. que me hubiera ahorrado la mayor pesadumbre del mundo. ¿ Sabe V. md. qué cosa es hallarse un hombre con ochocientas mil coplas de contado , y oír eso ? Prosiga V. md. y Dios se lo perdone el susto que me ha dado. Proseguí , diciendo :

Item , advirtiéndolo que despues que dexaron de ser Moros (aunque todavia conservan algunas reliquias) se han metido á Pastores , por

lo qual andan los ganados flacos de beber sus lágrimas , y chamuscados con sus ánimas encendidas , y tan embebecidos en su música , que no pacen : mandamos que dexen el tal oficio , señalando Ermitas á los amigos de la soledad ; y á los demas (por ser oficio alegre , y de pullas) que se acomoden en mozos de mulas. Algun puto , cornudo , buxarron , Judío , ordenó tal cosa ; y si supiera quién era , yo le hiciera una sátira que le pesára á él , y á todos quantos la vieran. ¡ Miren qué bien le estaria á un hombre lampiño , como yo , la Ermita ! ¿ Y un hombre vinageroso , y Sacristan ha de ser mozo de mulas ? Ea , señor , que son grandes pesadumbres esas. Ya le he dicho á V. md. (repliqué yo) que son burlas , y que las oyga como tales. Proseguí , diciendo :

Item , por estorvar los grandes hurtos , mandamos que no se pasen coplas de Aragon á Castilla , ni de Italia á España , só pena de andar bien vestido el Poëta que tal hiciese , y si reincide , de andar limpio una hora. Esto le cayó muy en gracia , porque traía él una sotana con canas de puro vieja , y con tantas cazcarrias , que para enterrarse no era menester mas de estregársela encima : el manteo podíase con él estercolar dos heredades ; y así , medio rién-

dome, le dixé que mandaba también poner entre los desesperados que se ahorcan, y despeñan: y que como á tales no las enterrasen en sagrado á las mugeres que se enamorasen de Poëta á secas. Y que advirtiéndole á la gran cosecha de Redondillas, Cancionés, y Sonetos que habia habido estos años fértiles, mandamos que los legajos, que por sus deméritos escapasen de las especerías, fuesen á las necesarias, sin apelacion. Y por acabar, llegué al postrer capítulo, que decia así: Pero advirtiéndole con ojos de piedad que hay tres géneros de gentes en la República, tan sumamente miserables, que no pueden vivir sin tales Poëtas, como son Farsantes, Ciegos, y Sacristanes; mandamos que pueda haber algunos Oficiales de este arte, con tal que tengan carta de exámen de los Caciques de los Poëtas que fueren en aquellas partes, limitando á los Poëtas de Farsantes, que no acaben los entremeses con palos, ni diablos, ni las Comedias en casamientos; y á los Ciegos, que no sucedan los casos en Tetuan, desterrándoles estos vocablos, *hermanal*, y *pundonores*. Y mandámosles que para decir *la presente obra*, no digan *zozobra*. Y á los Sacristanes, que no hagan los Villancicos con Gil, ni Pasqual: que no jueguen de vocablo, ni hagan

los pensamientos de tornillo, que mudándoles el nombre, se vuelven á cada fiesta; y finalmente mandamos á todos los Poëtas en comun, que se descarten de Júpiter, Venus, Apolo, y otros Dioses, só pena que los tendrán por abogados en la hora de la muerte.

A todos los que oyeron la Pragmática pareció quanto bien se puede decir, y todos me pidieron traslado de ella: solo el Sacristanejo comenzó á jurar por vida de las Vísperas solemnes, Intróitos, y Kyries, que era sátira contra él, por lo que decia de los Ciegos; y que él sabia mejor lo que habia de hacer que nadie; y ultimamente dixo: Hombre soy yo que he estado en una posada con Liñan, y he comido mas de dos veces con Espinel; y que habia estado en Madrid tan cerca de Lope de Vega como lo estaba de mí; y que habia visto á Don Alonso de Ercilla mil veces; y que tenia en su casa un retrato del divino Figueroa; y que habia comprado los greguescos que dexó Padilla quando se metió Frayle, y que hoy dia los traía, y malos. Enseñólos, y dióles esto á todos tanta risa, que no querian salir de la posada. Al fin ya eran las dos, y como era forzoso el caminar, salimos de Madrid. Yo me despedí de él, aunque me pesaba, y comencé

á caminar para el Puerto. Quiso Dios que porque no fuese pensando en mal , me topé con un Soldado : luego trabamos plática , y preguntóme que si venía de la Corte. Dixe que de paso habia estado en ella. No está para mas (dixo luego) , que es Pueblo para gente ruin : mas quiero , voto á Christo , estar en un sitio la nieve á la cinta hecho un reloj , comiendo madera , que sufrir las supercherias que se hacen á un hombre de bien. A esto le dixe yo que advertiese que en la Corte habia de todo , y que estimaban mucho á qualquier hombre de suerte. Qué estimar ! (dixo muy enojado) si he estado yo seis meses pretendiendo una bandera, tras veinte años de servicio , y haber perdido mi sangre en servicio del Rey , como lo dicen estas heridas. Y enseñóme una cuchillada de á palmo en las ingles , que así era de incordio como el Sol es claro : luego en los calcañares me enseñó otras dos señales , y dixo que eran balas ; y yo saqué , por otras dos mias que tengo , que habian sido sabañones. Quitóse el sombrero , y mostróme el rostro : calzaba diez y seis puntos de cara ; que tantos tenia en una cuchillada que le partia las narices. Tenia otros tres chirlos , que se la volvian mapa á puras lineas. Estas (me dixo) me dieron en París en servicio de Dios , y

del Rey , por quien veo trinchado mi gesto , y no he recibido sino buenas palabras , que ahora tienen lugar de malas obras. Lea estos papeles, por vida del Licenciado , que no ha salido en campaña , voto á Christo , hombre , vive Dios, tan señalado ; y decia verdad , porque lo estaba á puros golpes. Comenzó á sacar cañones de hoja de lata , y á enseñarme papeles , que debian de ser de otro , á quien habia tomado el nombre. Yo los leí , y dixe mil cosas en su alabanza ; y que el Cid , ni Bernardo no habian hecho lo que él. Saltó en esto , y dixo : ¿ Cómo lo que yo ? Voto á Dios que ni Garcia de Paredes , Julian Romero , ni otros hombres de bien. ¡Pese al diablo! sí que entonces sí que no habia artillería. Voto á Dios que no hubiera Bernardo para una hora en este tiempo. Pregunte V. md. en Flandes por la hazaña del Mellado , y verá lo que le dicen. ¿ Es V. md. acaso ? le dixe yo ; y él me respondió : ¿ Pues qué otro ? ¿ No ve la mella que tengo en los dientes ? No tratemos de esto , que parece mal alabarse el hombre. Yendo en estas razones , topamos en un borrico un Ermitaño con una barba tan larga , que hacia lodos con ella , macilento , y vestido de paño pardo. Saludámosle con el Deo gracias acostumbrado , y empe-

zó á alabar los trigos , y en ellos la misericordia del Señor. Saltó el Soldado , y dixo : ¡ Ah Padre ! mas espesas he visto yo las picas sobre mí ; y voto á Christo que hice en el sacco de Amberes lo que pude ; sí , juro á Dios. El Ermitaño le reprehendia que no jurase tanto. El Soldado le respondió : Bien se echa de ver , Padre , que no ha sido Soldado , pues me reprehende mi propio oficio. Dióme á mí gran risa de ver en lo que ponía la soldadesca ; y eché de ver era algun picaron , porque entre ellos no hay costumbre tan aborrecida de los de importancia , y estima , quando no de todos. Llegamos á la falda del Puerto : el Ermitaño rezando el Rosario en una carga de leña , hecha bolas de madera , que á cada Ave Maria sonaba un cabe ; y el Soldado iba comparando las peñas á los Castillos que habia visto , y mirando cuál lugar era fuerte , y á adónde se habia de plantar la artillería. Yo los iba mirando ; y tanto temia el Rosario del Ermitaño con las cuentas frisonas , como las mentiras del Soldado. ¡ O cómo volaria yo con pólvora gran parte de este Puerto , decia , y hiciera buena obra á los caminantes ! En estas , y otras conversaciones llegamos á Cerecedilla : entramos en la posada todos tres juntos ya anochecido ; manda-

mos aderezar la cena : era Viernes , y entretanto el Ermitaño dixo : Entretengámonos un rato , que la ociosidad es madre de los vicios : juguemos Ave Marias , y dexó caer de la manga el desquaternado. Dióme á mí gran risa ver aquello , considerando en las cuentas. El Soldado dixo : No , sino juguemos hasta cien reales , que yo traygo , en amistad. Yo , codicioso , dixé que jugaria otros tantos ; y el Ermitaño , por no hacer mal servicio , aceptó , y dixo que allí llevaba el aceyte de la lámpara , y que eran hasta ducientos reales. Yo confieso que pensé ser su lechuza , y bebérselo ; pero así le sucedan todos sus intentos al Turco. Fue el juego al parar ; y lo bueno fue , que dixo que no sabia el juego , y hizo que se le enseñásemos. Dexónos el bienaventurado hacer dos manos , y luego nos la dió tal , que nos dexó blancos en la mesa. Heredónos en vida : retiróla el ladron con las ancas de la mano , que era lástima : perdía una sencilla , y acertaba doce maliciosas. El Soldado echaba á cada suerte doce votos , y otros tantos pésias , aforrados en porvidas. Yo me comí las uñas , mientras el Frayle ocupaba las suyas en mi moneda : no dexaba Santo que no llamaba. Acabó de pelarnos : quisímosle jugar sobre prendas ; y él (tras haberme ganado á mí

seiscientos reales, que era lo que llevaba, y al Soldado los ciento) dixo que aquello era entretenimiento, que éramos próximos, y que no habia de tratar de otra cosa. No juren (decia), que á mí porque me encomendaba á Dios me ha sucedido bien: y como nosotros no sabíamos la habilidad que tenia de los dedos á la muñeca, creímoslo; y el Soldado juró de no jugar mas, y yo de la misma suerte. Pesia tal! decia el pobre Alferéz (que él me dixo entonces que lo era), entre Luteranos, y Moros me he visto, pero no he padecido tal despojo: él se reía á todo esto. Tornó á sacar el Rosario para rezar; y yo, que no tenia ya blanca, pedíle que me diese de cenar, y que pagase hasta Segovia la posada por los dos que íbamos in puribus. Prometió hacerlo, y metióse sesenta huevos. ¡No ví tal en mi vida! Dixo que se iba á acostar: dormimos todos en una sala, con otra gente que estaba allí, porque los aposentos estaban tomados para otros. Yo me acosté con harta tristeza, y el Soldado llamó al huésped, y le encomendó sus papeles, con las caxas de lata que los traían, y un envoltorio de camisas jubiladas. Acostámonos: el Padre se persignó, y nosotros nos santigüamos de él: durmió, y yo estuve desvelado, trazando cómo quitarle el dinero. El Soldado hablaba en

tre sueños de los cien reales, como si no estuvieran sin remedio. Hízose hora de levantar, pidió luz muy apriesa, traxéronla, y el huésped el envoltorio al Soldado, y olvidáronse los papeles. El pobre Alferéz hundia la casa á gritos, pidiendo que le diesen sus servicios. El huésped se turbó; y como todos decíamos que se los diese, fue corriendo, y traxo tres bacinnes, diciendo: Hé ahí para cada uno el suyo. ¿Quieren mas servicios? entendiendo que nos habia dado cámaras. Aquí fue ello, que se levantó el Soldado con la espada tras el huésped en camisa, gritando que le habia de matar, porque hacia burla de él, que se habia hallado en la Naval, San Quintín, y otras, trayéndole servicios en lugar de los papeles que le habia dado. Todos salimos tras él á tenerle, y aun no podíamos. Decia el huésped: Señor, su merced pidió servicios: yo no estoy obligado á saber, que en lengua soldadesca se llaman así los papeles de las hazañas. Apaciguámoslos, y tornamos al aposento. El Ermitaño receloso se quedó en la cama, diciendo, que le habia hecho mal el susto. Pagó por nosotros, y salimos del Pueblo para el Puerto, enfadados del término del Ermitaño, y de ver que no le habíamos podido quitar el dinero. Topamos con un Gi-

novés (digo de estos Ante-Christos de las monedas de España) que subía el Puerto con un page detrás, y él con su guardasol, muy á lo dineroso. Travamos conversacion con él, y todo lo llevaba á materia de maravedis, que es gente que naturalmente nació para bolsas. Comenzó á nombrar á Visanzon, y si era bien dar dineros, ó no á Visanzon: tanto, que el Soldado, y yo le preguntamos que quién era aquel Caballero; á lo qual respondió riéndose: Es un Pueblo de Italia, donde se juntan los hombres de negocios, que acá llamamos Fulleros de pluma, á poner los precios por donde se gobierna la moneda; de lo qual sacamos, que en Visanzon se llevaba el compas á los Músicos de uña. Entretúvonos el camino, contando que estaba perdido, porque había quebrado un cambio, que le tenia mas de sesenta mil escudos, y todo lo juraba por su conciencia (aunque yo pienso que conciencia en Mercaderes es como virgo en cotorra, que se vende sin haberse). Nadie tiene conciencia de todos los de este trato, porque como oyen decir que muerde por muy poco, han dado en dexarla con el ombligo en naciendo. En estas pláticas vimos los muros de Segovia, y á mí se me alegraron los ojos, á pesar de la memoria, que con los sucesos de Cabra me con-

tradedia el contento. Llegué al Pueblo, y á la entrada ví á mi padre en el camino aguardando. Enternecíme, y entré algo desconocido de como salí, con punta de barbas, y bien vestido. Dexé la compañía; y considerando en quién conociera á mi tío (fuera del rollo) mejor en el Pueblo, no hallé nadie de quien echar mano. Lleguéme á mucha gente á preguntar por Alonso Ramplon, y nadie me daba razon, diciendo que no le conocian. Holguéme mucho de ver tantos hombres de bien en mi Pueblo, quando estando en esto oí al precursor de la penca hacer de garganta, y á mi tío de las suyas. Venia una procesion de desnudos, todos descape-
 ruzados delante de mi tío: y él, muy haciéndose de pencas, con una en la mano, tocando un pasacalles públicas en las costillas de cinco laúdes, sino que llevaban sogas por cuerdas. Yo, que estaba mirando esto con un hombre (á quien habia dicho, preguntando por él, que era un grande Caballero yo), veo á mi buen tío; y echando en mí los ojos (por pasar cerca), arremetió á abrazarme, llamándome sobrino. Pensé morirme de vergüenza, y no volví á despedirme de aquel con quien estaba. Fuíme con él, y díxome: Aquí te podrás ir, mientras cumplo con esta gente, que ya vamos de vuelta, y

hoy comerás conmigo. Yo, que me ví á caballo, y que en aquella sarta pareciera punto menos que azotado, dixé que le aguardaria allí; y así me aparté tan avergonzado, que á no depender de él la cobranza de mi hacienda, no le hablára mas en mi vida, ni pareciera entre gentes. Acabó de repasarles las espaldas: volvió, y llevóme á su casa, donde me apeé, y comimos.

CAPITULO XI.

Del hospedage de mi tio, y visitas, y la cobranza de mi hacienda, y vuelta á la Corte.

Tenia mi buen tio su alojamiento junto al matadero, en casa de un aguador: entramos en ella, y díxome: No es Alcazar la posada; pero yo os prometo, sobrino, que es apropósito para dar expediente á mis negocios. Subimos por una escalera, que solo aguardé á ver lo que me sucedia en lo alto, para si se diferenciaba en algo de la de la horca. Entramos en un aposento tan baxo, que andábamos por él, como quien recibe bendiciones, con las cabezas baxas. Colgó la penca en un clavo que estaba con otros, de que colgaba cordeles, lazos, cuchillos, es-

carpias, y otras herramientas del oficio. Díxome que por qué no me quitaba el manteo, y me sentaba; y yo le respondí que no lo tenia de costumbre. ¡ Dios sabe cuál estaba de ver la infamia de mi tio! Díxome que habia tenido ventura en topar con él en tan buena ocasion, porque comeria bien, y tenia convidados unos amigos. En esto entró por la puerta, con una ropa hasta los pies morada, uno de los que piden para las Animas, y haciendo són con la caxeta, dixo: Tanto me han valido á mí las Animas hoy como á tí los azotados: encaxa. Hicieronse la mamona el uno al otro, arremangóse el desalmado Animero el sayazo, y quedó con unas piernas zambas en greguescos de lienzo, y empezó á baylar, y decir que si habia venido Clemente. Dixo mi tio que no; quando Dios, y en hora buena, envuelto en un capucho con unos zuecos, entró un chirimia de la bellota; digo un Porquero: conocílo por el (hablando con perdon) cuerno que traía en la mano; y para andar al uso solo erró en no traerle encima de la cabeza. Saludónos á su manera, y tras él entró un mulato zurdo, y vizco, un sombrero con mas falda que un monte, y mas copa que un nogal, la espada con mas gavilanes que la caza del Rey, y un colete de ante. Traía